

Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana. nº 17, año 2000, págs. 11-48



En memoria de nuestro fundador: Diego F. Pró. Una entrevista inédita

Clara Alicia Jalif de Bertranou

El 17 de mayo de 2000 falleció en la Ciudad de Mendoza, Argentina, el Prof. Emérito Diego F. Pró, fundador de nuestra Revista, que fue sólo uno de sus muchos emprendimientos en favor de la cultura filosófica nacional. Había nacido en Resistencia, Chaco, el 4 de junio de 1915.

Primogénito de una familia descendiente de españoles, tomó sus primeras letras y los estudios secundarios en la ciudad natal, pero muy joven se alejó del hogar para realizar los estudios superiores en el Instituto Nacional del Profesorado, en Paraná, entre 1935 y 1939, de donde egresó con el título de Profesor de Filosofía y Pedagogía. Ya no volvería a Resistencia sino por lapsos muy breves, pero otros lugares del interior se

beneficiaron con su magisterio: Mendoza, Tucumán y Catamarca. En ellas dejó obras y enseñanzas, pues hizo del cotidiano vivir un ejercicio de virtudes que se ponían en evidencia con el trato cordial, generoso, más allá de los límites de la transmisión de conocimientos que cabe en todo magisterio. Siempre dispuesto a compartir el tiempo fecundo, estuvo abierto al diálogo formador sin retaceos y a la atención de alumnos, discípulos y colegas dedicó horas que exceden en mucho las cinco áreas en las que abrevó su trabajo: la Historia del Pensamiento Filosófico Argentino; los estudios de Metafísica; la Historia de la Filosofía, particularmente griega; la Filosofía de la Educación; y los estudios estéticos y biográficos.

En todas estas áreas dejó libros y escritos más breves, en donde nos entregó su reflexión filosófica y el rescate de figuras no siempre transitadas, constituyéndose en fuente de consulta ineludible. Hablamos de sus obras referidas, por ejemplo, a Coriolano Alberini, Alberto Rouges, Lorenzo Domínguez, a quien dedicó dos libros, Francisco Bernareggi, Angel Battistessa y Rodolfo Mondolfo.

En su prosa siempre se impuso la simpleza y la frescura que transparentaba la voluntad de sistematización y ordenamiento de los temas tratados. Simpleza que trasladaba al trato personal, sin mengua de la corrección que lo caracterizó a lo largo de su extensa vida académica, guiada por la función formativa, con alto sentido de la misión de las instituciones públicas y de la responsabilidad de sus agentes.

Si bien fue habitante de provincias, no dejó de ser un ciudadano del mundo, abierto al trato cosmopolita ya la valoración de cuanto representase para la humanidad el progreso de las cualidades morales y cívicas, como puso de manifiesto al ocupar los más altos cargos universitarios.

Pocos años antes de su definitivo retiro, producido en noviembre de 1994, casi a los 80 años y después de 54 años de docencia universitaria, le realizamos la siguiente entrevista que permaneció sin publicar hasta este momento. Vaya ella pues como sentido homenaje a su memoria con toda nuestra gratitud.

Una entrevista inédita

I. *¿En qué circunstancias y con qué motivaciones se inicia usted en la historia del pensamiento y la cultura argentinos?*

R. Cursaba yo, en 1932, el segundo año de la enseñanza secundaria -a veces tan secundaria- cuando al margen de los estudios en ese nivel, comencé a leer los libros de José Ingenieros. Frecuenté, primero, sus *Principios de Psicología Biológica*, cuyos resultados llevaba a las clases de Psicología. Continué muy luego con sus libros de filosofía: *Hacia una moral sin dogmas*, *Proposiciones acerca del futuro de la Metafísica* y otros, y su *Sociología argentina*, cuyo sostén teórico consistía en la visión positivista, o mejor dicho, cientista de aquella obra, pero cuya segunda parte era coronada con el estudio de los antecedentes de la sociología de Echeverría, Alberdi, Sarmiento y otras figuras de la generación de 1837, a las que Ingenieros consideraba saintsimonianos.

Junto al saber científico, en aquellas décadas del '30, me interesaba el conocimiento de los antecedentes del pensamiento y la cultura argentinos. Pienso que en esa preferencia obraron las circunstancias en que se movía la vida de los habitantes del Territorio Nacional del Chaco, entre ellos yo, que carecíamos de representación política en el orden nacional y éramos gobernados directamente por el Poder Ejecutivo a través del Ministerio del Interior. El cargo de gobernador, en el escalafón ocupaba el lugar de oficial octavo, únicamente el nombramiento de los jueces letrados requería la aprobación del Senado de la Nación. Éramos habitantes, y ciudadanos a media, de segunda clase.

El texto de la Constitución Nacional de 1853, reformada en 1860, regía como condición para la provincialización el tener una población de 54.000 habitantes. El Territorio de Chaco, juntamente con otros, habían sobrepasado ampliamente dicha cifra. En un censo territorial realizado durante la gobernación del Dr. José Castell, teníamos 180.000 habitantes, y no había modo de ser provincia a pesar de los movimientos de la opinión pública en ese sentido, en que participábamos activamente los jóvenes. Recuerdo el encabezado por el sabio naturalista Benito Lynch Arribalzaga.

El secreto del polichinela residía en que las provincias circunvecinas se distribuían entre sí sus influencias en el nombramiento del personal

de ferrocarriles, personal policial, docencia primaria, escuela Nacional y Escuela de Artes y Oficios. ¡No había más! Hasta teníamos un gobernador Cáceres, santiagueño, durante cuyo gobierno se organizaron bandas de cuatrerros. En el viejo cementerio ya desaparecido de Resistencia, recuerdo la lápida que clamaba: "Muerto por los cuatrerros de Cáceres».

Los nativos que podían hacerlo, rendían equivalencia y de las materias del bachillerato -inglés y cosmografía- en el Colegio Nacional de la ciudad de Corrientes. Y emigraban a hacer sus estudios en las Universidades de Tucumán y del Litoral. Dos de aquellos chaqueños llegaron a ser profesores universitarios. El Dr. José Anello en la Facultad de Química de Santa Fe. Tenía en Resistencia una curtiembre -curtiduría de cueros- y fue el primero que fabricó papel para alguna edición del diario *La voz del Chaco*. Y fabricó con las hojas de cactus, que tanto abundan en el Chaco, chapas de material plástico, semejantes a las de cinc que usaban para techar las casas. ¡Qué inventor! ¡Y no nos dejaban ser Provincia!

Estas circunstancias históricas y sociales acendrarón en mí un profundo sentido del amor a la tierra, a la Argentina, al deseo de conocer todo lo que tenía que ver con ella, su historia, su pensamiento y su cultura. Aquellas circunstancias biográficas de mi vida que he trazado en el aspecto de la escolaridad.

Las condiciones de la vida en mi terruño comunal, me llevaron, desde muy joven, a apoyar el movimiento de opinión a favor de la Provincialización del Chaco. Y hasta alguna ocasión esporádica en que los jóvenes recibíamos a algún flamante gobernador que arribara a hacerse cargo de sus funciones a pedradas en la estación del Ferrocarril de Santa Fe.

Estos hechos y otro muchos que he vivido aquí en Resistencia, podrían ser motivo de un libro testamentario, quizá más interesante que todo lo que llevo escrito. Sucesos aparentemente fabulosos y tan reales como los que ocuparon y preocuparon a Agustín Alvarez en sus libros *South America* y *¡A dónde vamos!*

El contexto epocal y social de mi niñez y primera juventud, acendrarón cada vez más en el sentido argentino de la vida, despertada e inculcada por excelentes maestros de la Escuela de Varones N° 1 "Benjamín Zorrilla".

y en el sexto grado de la Escuela Normal, por Marcelino Castelán, poco después abogado Castelán. El casi Dr. Castelán, estaba al tanto de los cambios pedagógicos que habían introducido en la educación argentina aquellos años la pedagogía de la personalidad, la axiológica, y la escuela activa, del trabajo, de los centros de interés, etc. ¡Sin duda fue el mejor maestro que tuve!

En los estudios del Profesorado de Filosofía y Pedagogía del Paraná, vi confirmado y afianzado mi interés en el pensamiento y la cultura argentinos, en los cursos de los profesores Carlos María Onetti, Dr. César B. Pérez Colman y Prof. Jordán B. Genta. Con Onetti cursé Literatura Argentina e Hispanoamericana no imaginativa. Volví a encontrar, con nuevas listas y mayor profundidad, el pensamiento de los pensadores de la generación del '37 y el '80. Y en la segunda parte del curso anual, me interioricé en las ideas americanistas de Andrés Bello, José Martí, Eugenio María de Hostos, Justo Sierra, Manuel González Prada y José Enrique Rodó. Onetti era un gran profesor y excelente conocedor de su materia.

Con el Dr. César B. Pérez Colman, prestigioso historiador y autor de una *Historia de Entre Ríos*, estudié la legislación de la educación argentina. En aquel año de 1946, en su curso presentó tareas como el del concepto e importancia de la instrucción pública como función del Estado, la instrucción y la democracia. Miraba a la luz de la Constitución Nacional la legislación entonces vigente en la enseñanza primaria, secundaria y superior. Analizaba detenidamente las leyes 1.420, 934 Y 1.959. En materia universitaria presentaba la legislación argentina y comparada, las leyes números 1.579, 3.271, 4.699 y 10.681. El curso incluía el estudio de la organización universitaria en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica. Y minaba con la enseñanza especial y profesional de la mujer: organización argentina y comparada.

Con el Prof. Jordán B. Genta, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y admirador por aquellos años de Francisco Romero, Coriolano Alberini y Ricardo Levene, estudié las doctrinas sociológicas de Weber, Tonnes y Freyer en la primera parte del año de 1938 y en la segunda, los antecedentes del pensamiento social en Alberdi, Echeverría, Sarmiento y Agustín Alvarez.

Conclusivamente: el pensamiento de los escritores argentinos es-

tuvo presente en mi educación secundaria y superior y en mis preferencias personales. De esa lírica de ocupación y preocupaciones juveniles, ha quedado la huella de numerosos artículos publicados en la revista *Estampa Chaqueña* en el decenio de 1932-1942.

En julio de 1944, al asumir la Dirección Interna del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Cuyo, en su organización por secciones de estudios, en la filosofía práctica, no sólo prevé los estudios del pensamiento y la cultura argentinos, sino que, con otros colegas, le dimos existencia real.

Confeccionamos un fichero de bibliografía argentina y latinoamericana que existía en el Instituto y la clasificamos por autores, obras y países.

En la revista *Philosophia*, en aquellos años iniciales, comenzaron a darse a conocer los trabajos y artículos referidos a tales estudios, entre los que recuerdo los siguientes: Dardo S. Olgúin: "El pensamiento político y social de Julio Leónidas Aguirre" (*Philosophia*, nº 6, 1946), Diego Pró: "La cultura Americana" (Idem), Dardo S. Olgúin: "Influencias ideológicas en Esteban Echeverría" (Idem nº 7, 1947), Juan Villaverde: "América en el pensamiento de Vico" (Idem nº 2-3, 1945), Diego Pró: "Figuras para una historia de las ideas filosóficas en la Argentina" (Idem nº 8, 1947).

Este rumbo de estudios lo prolongué durante mi actuación en la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán (1948-1955). Allí, en la revista *Humanitas*, por mí fundada, había una parte de la misma, dedicada al pensamiento y la cultura argentinos, donde aparecieron artículos y notas sobre Coriolano Alberini, Alberto Rougés, Juan B. Terán y otros.

Esta dirección de mis estudios, se vio afianzada en una reunión de decanos de la Facultad de Filosofía y Letras y de Humanidades, realizada en la Universidad de Córdoba en octubre de 1953. En ese encuentro, del que recuerdo la presencia del Profesor Rodolfo Agoglia, se estudiaron los planes de estudio de aquellas facultades y se resolvió aconsejar la introducción de una nueva asignatura "Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos».

Por cierto, aquella resolución incentivó en mí y en mis funciones como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán a intensificar el estudio del Pensamiento y la Cultura Argentina en algunas figuras

tucumanas: Alberto Rougés, Jaime Freyre, Adolfo Rovelli, Miguel Lillo y algunos más. Con la colaboración de los Institutos de Investigación en la Facultad se planificó la tarea. Y con los años, aunque no con el ritmo previsto, ya pesar de las interrupciones que hubieron en el camino debido a los bandazos de la vida política del país, aquel plan se fue realizando, por aquellos que lo propulsaron y por otros hombres nuevos. En aquellos años (1953 y sgtes) inicié mi libro sobre Alberto Rougés (1957, reeditado por la Universidad Nacional de Tucumán en 1960), mis artículos sobre Rovelli (1956 y sucesivos) y sobre Juan Dalma (1967).

Paralelamente a estos trabajos publicados en la revista *Humanitas* de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, mientras la dirigí (1953-1955), se dieron a conocer los artículos sobre pensadores argentinos. De momento, recuerdo entre ellos, los de: Diego Pró: «Coriolano Alberini» (nº 1, 1953); Jesús Natividad Medina Toledo: «R. P. Guillermo Furlong» (nº 2, 1953); Eugenio Terrazzano-Emilio Carrilla: «José Vasconcelos» (nº 3, 1954); María Delia Paladini, Alfredo Roggiano, Ricardo Nassif: «Homenaje a José Martí» (nº 4, 1954); Diego Pró: «Problemas de la cultura en la América Hispánica» (nº 4, 1954); Manuel Gonzalo Casas: «Ángel Vasallo» (nº 4, 1954); Hellmuth F. G. Albrecht: «Juan Probst» (nº 4, 1954); Diego Pró: «Juan R. Sepich» (nº 5, 1954); Alfredo Roggiano: «Baldomero Sanín Cano» (nº 5, 1954); Lidia E. Segura de Schiller: «Carlos Vaz Ferreira» (nº 6, 1955); Josefina Valderrama de Robinson: «Pedro Henríquez Ureña» (nº 6, 1955); y Tomás Eloy Martínez: «Macedonio Fernández» (nº 6, 1955).

Toda esta tarea la cumplía paralelamente a las tareas en la cátedra de Lógica, en mis desvelos por la filosofía del arte, la obra de algunos artistas asentados en Tucumán: Lorenzo Domínguez, Luis Eneas Spilimbergo, Ramón Gómez Cornet, Domingo Audives, Eugenio Hirsch y algunos plásticos jóvenes.

La publicación del libro sobre Alberto Rougés en 1957 me puso en relación con el Dr. Coriolano Alberini, ya retirado de sus tareas universitarias y recluso en su casa de la calle Cangallo, muy enfermo y olvidado. Se puso a mi disposición y trabajé yendo y viniendo entre Tucumán, Catamarca y Buenos Aires. Después de cuatro años publiqué en 1960, un libro sobre este pensador argentino, a quien tanto debía la cultura filosófica del país.

En el entretanto, y durante tres años (1956-1959), ejercí la docen-

cia filosófica en el Instituto del Profesorado de Catamarca. Allí continúe escribiendo sobre personalidades argentinas en las páginas literarias, dominicales del diario *La Unión*, que por aquel entonces era dirigido por los Pbro. Arturo Melo y Ramón Rosas Olmos. En esas páginas me ocupé del pensamiento de las figuras argentinas: Battistessa, Rovelli, Alberini y algunos visitantes extranjeros: Antonio Tovar, Lanza del Vasto, el autor de *Peregrinación a las fuentes*, y algunos más.

En mayo de 1959, regresaba nuevamente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo tras haber obtenido en concursos las cátedras de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos y la de Lógica. Fueron jurados en el primer concurso, las Dras. Celia Ortiz de Montoya, Delfina Varela de Ghioldi y Angélica Mendoza.

Me incorporé ese mismo año al Instituto de Filosofía y se me designó para ocupar la sección de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos. Después de varios años de labor, de puertas adentro, en 1966 ya se había formado un grupo de jóvenes interesados en esta clase de estudios. Fundamos *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos*, y con la colaboración del equipo de trabajo ya integrado, fuimos dando a conocer los estudios e investigaciones que íbamos realizando. Con el apoyo del Consejo de Investigaciones de la Universidad avanzamos en la publicación del *Anuario*. Hacia 1982 llevábamos publicados 16 números con un vasto número de trabajos de historia del pensamiento argentino, poniendo el acento en las ideas filosóficas, puesto que se trataba de una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras.

En esos 16 años el *Anuario* llegó a las Facultades e Institutos Humanísticos del país, de América y Europa. Fue un auxiliar para los profesores que enseñaban esta especialidad en las cátedras, de acuerdo con la recomendación que surgió de la reunión de Decanos, en la ciudad de Córdoba, a la que aludimos anteriormente. Para los profesores que asumieron esta responsabilidad universitaria, el material publicado en el *Anuario* fue una valiosa y actualizada fuente de conocimiento para sus programas.

Paralelamente al *Anuario* se publicaron los trabajos filosóficos de Coriolano Alberini (tres volúmenes) y su correspondencia (dos volúmenes). También se dio a conocer trabajos de Luis Juan Guerrero.

En 1983, *Cuyo*, amplió su horizonte al estudio del pensamiento americano, especialmente latinoamericano, y desde esa fecha hasta hoy, se han publicado 9 volúmenes y en la serie de obras se han publicado otras obras: Víctor Cousin: *Curso de la Historia de la Filosofía*, traducida en Buenos Aires en 1834 y de Buenaventura Hidalgo: *Elementos de Metafísica*, editada igualmente en Buenos Aires en 1848.

He aquí, en apretada síntesis, las circunstancias (históricas, biográficas y las motivaciones personales) que me llevaron a ahondar en las raíces del pensamiento y la cultura argentinos, y las aportaciones que, con mis colaboradores, realizamos en tal clase de estudios.

II. *¿Qué lecturas primeras recomendaría al que se inicia en la Historia del Pensamiento Argentino?*

R: Como usted alude a una historiografía especial, y al modo de acercarse a ella, pienso que lo primero es tomar conciencia de que hay que situarla en el contexto de la historiografía general argentina y latinoamericana. Las historiografías especiales se vuelven abstractas si no se las vincula con la historiografía general. Se termina por pensar que las ideas filosóficas, económicas o las que sean provienen exclusivamente de ideas filosóficas, de las jurídicas del derecho y así en los demás casos. No hay que perder de vista la historiografía general y en la historia general, donde aquellas tienen su origen y con las cuales guardan relaciones. En lo dicho doy por sobreentendida la distinción entre realidad histórica (gesta histórica) e historiografía (o ciencia de la historia).

Estimo que es aconsejable a los estudiantes ya toda persona que pretenda acercarse a la Historia del Pensamiento Argentino, el conocimiento previo de la historiografía general argentina, y en ese sentido, y en las circunstancias del aquí y el ahora de esta entrevista, recomiendo la lectura y el estudio de las obras del eminente historiador argentino Dr. José Luis Busaniche, especialmente sus *Estampas del Pasado* (Bs. As., Edic. Librería Hachette, 1959). Son unas enriquecedoras lecturas (en el sentido original del vocablo) de Historia Argentina. Y su inconclusa aunque valiosísima *Historia Argentina* (Bs. As., Edic. Solar-Hachette, 1965). Ambas obras componen el marco adecuado de la historiografía general de la Argentina.

Para iniciarse en la historia del pensamiento filosófico argentino, son estimables por su carácter abarcador y comprensivo, la lectura de las siguientes obras y autores: *Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata*, de Guillermo Furlong, (8s. As., Edic. Kraft, 1952); *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional y Filosofía Argentina*, de Alejandro Korn; *La Filosofía en la Argentina actual*, de Alberto Caturelli (8s. As., Edic. Sudamericana, 1971); *Historia del Pensamiento Argentino*, de Diego F. Pró (Univ. Nac. de Cuyo, Edic. FF y L, 1973); *La Filosofía en la Argentina* de Luis Farré-Celina A. Lértora Mendoza (8s. As., Edic. CINAÉ, 1980) y *Los krausistas argentinos*, de Arturo A. Roig (México, Edic. FCE, 1969).

En nivel de conocimiento más particularizado puede consultarse los 16 volúmenes de *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, publicado entre 1966 y 1983 por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y los 6 volúmenes del mismo *Anuario* (Segunda serie), aparecidos desde 1983.

Sobre los criterios historiográficos de los distintos autores nombrados y otros de monografías especiales, se puede consultar el estudio de Diego F. Pró intitulado *Antecedentes de la Historia del Pensamiento Argentino* (Cuaderno N° 1, Mendoza, UNC, Edic. de la FF y L, 1973). Y la *Historia del Pensamiento Argentino* (Cuaderno N° 4, Mza, UNC, Edic. de la FF y L, 1980).

Por cierto, estos señalamientos bibliográficos para quienes quieran acercarse al conocimiento del pensamiento filosófico argentino, puede enriquecerse con la bibliografía especial que corresponde a los distintos autores, períodos, generaciones, corrientes filosóficas, autores y temas particulares.

III. Su *llegada a Mendoza y su inmediata incorporación a la Universidad Nacional de Cuyo tiene que haberle producido algunas impresiones indelebles. ¿Puede Ud. evocarlas?*

R: Debo decirle que yo conocía algo de la ciudad de Mendoza, desde un lustro antes de mi incorporación a la Academia de Bellas Artes de la Universidad en 1940. La visité como miembro de una excursión de

egresados de la Escuela Normal “Domingo Faustino Sarmiento” de la ciudad de Resistencia (Chaco). De aquellos primeros días de enero de 1935, entre las variadas y múltiples impresiones, recuerdo con vivacidad la gran presencia de la Cordillera de los Andes. Ese enorme cetáceo, por decirlo así, echado a lo largo del horizonte. Hombre de llanuras boscosas, grandes ríos y bañados, buscaba los cielos altos y abiertos. Y encontraba los cerros y montes imponentes nevados, a veces envueltos en nubes bajas y oscuras para que triunfase el blanco purísimo de la nieve y el azul casi heráldico de los cielos. Joven venido de tierras del quebracho y de los ríos y lagunas tranquilas y agrestes, he vivido la mayor parte de mis años entre sierras y montes de geología pura o de vegetación achaparrada. Así en Mendoza, en Catamarca, en Tucumán, y asimismo en Jujuy y La Rioja. Una argentina geográfica y humana más profunda y matizada que la de la pampa y sus hombres, casi siempre llanos y simples.

Cuando en 1940 volví a encontrar de nuevo a Mendoza, la ciudad vista desde el Cerro de la Gloria, se me presentó como una ciudad inmensa en un parque de noble arbolado, cuya fronda con su blando oleaje de verdes la protegía de la luz violeta y los colores fríos. Naturalmente fui atrapado por el sortilegio del Parque de la ciudad, con sus naves, verdaderas catedrales, que filtraban luces multicolores y los reflejos brillantes de un sol fuerte y joven.

No menos hermosos y artísticos me parecieron el hierro forjado de los Portones del Parque, los caballitos de Marly, la bella fuente de “Los Continentes”, el ajardinado rosedal y sus purísimas esculturas de mármol, con su pátina de tiempo, el festoneado lago y las reverberaciones de su espejo ondulante, su perspectiva lacustre de cielos y árboles y aves en claro vuelo, y algún lindo ángulo de oeste y norte, por donde subía la mirada hacia los lejanos cerros de la precordillera.

¿Y las plazas? la Plaza San Martín de entonces era espaciosa, extendida en un sólo plano, con sus árboles cobijando bajo sus sombras algunos bancos de madera y hacia uno de los costados una tranquila fuente donde los niños movían sus barquitos de papel, que le traían el recuerdo del *Bateau ivre* de Rimbeau.

En la Plaza Independencia se demolía estruendosamente, con poderosos explosivos, las bases y los fuertes muros del sueño de algún

gobernante: alzar la Casa de Gobierno en mitad de la simetría que componían los árboles y los jardines de cuatro manzanas. Los que vivíamos en la ciudad éramos despertados como a cañonazos cada mañana. ¡Deconstruían! Y ello en los inciertos días de la Segunda Guerra Mundial. Muy luego, junto a un gran espejo de agua, se proyectó otro sueño frustrado: un horizontal friso de chapas de hierro con relieves del escultor Lorenzo Domínguez y temas de la campaña del ejército sanmartiniano. El artista preparó los dibujos para los relieves, pero el vaivén de la "política» detuvo el buen empeño del artista. "Sombra de un sueño...".

¿Y la Plaza Chile? Allí fue a posarse otro sueño que esta vez se hizo realidad. La idea del friso sanmartiniano, se transformó en otro proyecto, esta vez en la Plaza Chile. Se le encomendó al mismo escultor Lorenzo Domínguez un monumento en piedra. Piedra de la Cordillera de los Andes -que representara la amistad argentino-chilena- en las figuras de sus próceres San Martín y O'Higgins. El monumento realizado por el artista Domínguez refleja lo entrañable histórico y espiritualmente. "El monumento, decía el maestro, es la trasposición o exaltación hasta la arquitectura de una personalidad, un acontecimiento o una idea». Es lo que se advierte en el monumento de San Martín y O'Higgins. A la luz razante del atardecer cantan los valores plásticos de esta obra en la Plaza Chile.

Y en relación a la Plaza Italia, la conocimos por aquellos años de la década del '40 con trazas y obras artísticas semejantes a las que el viandante puede admirar en nuestros días.

En el centro de la ciudad, sobre Av. San Martín, existía una confitería que entonaba socialmente a Mendoza. ¡La confitería Colón! Por estas fechas en que la evocamos su nombre adquiere un especial acento celebrante. Pronto se cumplirá 500 años del descubrimiento del gran almirante.

Los domingos, a la salida de las misas de San Francisco o de los Jesuitas y de San Nicolás, se encontraba la gente joven, y la no tan joven, en la aludida confitería, entre San Martín y Necochea. Allí se reanudaba el diálogo amistoso, las conversaciones sobre esto y aquello, se iniciaban los noviazgos y siempre había un lugar, entre la gente madura, para el ondulante intercambio de opiniones políticas.

Por la noche, solitarios, en las mesas de la vereda, junto a la acequia y sus sonidos con vaivén entrelazado de tiempo, algunos escritores de la ciudad tomaban café y discurrían sobre la esencia y los problemas de la alta poesía, la narrativa y el teatro. Eran horas de *ocium cum decorum* según gustaban decir los latinos. Coincidían en aquellos encuentros amistosos e informales algunos escritores de Mendoza. De momento recordamos a Américo Calí, Jorge Enrique Ramponi, Enrique Tudela, Vicente Nacarato, Santa María Conill, Ángel Fragapane, Juan Alberto Molinelli, Rafael Ortega, Abelardo Vázquez y algunos otros, entre ellos Mario Binetti, buen poeta lírico de Buenos Aires, un fuerte admirador de Enrique Banch, de estancia transitoria en Mendoza.

De vez en vez, cuando venían a la ciudad, desde San Rafael o desde San Juan, se aunaban a aquellas voces las de Alfredo Bufano y Antonio Delatorre. El diálogo con ellos se tornaba más afinado, sustancioso y remontado. Bufano había publicado ya *Mendoza, la de mi canto* y Delatorre, *Mi padre labrador*. Entre los jóvenes tenían presencia y hacían sus primeros ejercicios en las letras Humberto Crimi, Santiago Arango, Solano Luís.

Al destramarse aquellas reuniones en la alta noche, se formaban grupos menores que, entre cita va y cita viene, y hasta escanciando algún poema clásico o moderno, o actual, recorrían el trecho que los acercaba a las pizarras de los diarios *Los Andes* y *La Libertad*, que borroneaban las noticias de los ejércitos en la Segunda Guerra Mundial.

Otros refugios abohemiados detenían el paso de los contertulios: el café o los helados o el anís o los verdes de algún licor saboreado en "El cabildo" y "La Bola de Nieve". Y de nuevo la poesía. ¡Qué manera de decir versos! Noches así hacían un enorme bien y daban sentido a la vida de aquellos poetas y escritores. El ojo avizor debía estar atento al paso del último tranvía que recorría la Av. San Martín de un extremo al otro y que a la altura de la calle Montevideo, el desvío de su ramal llevaba hacia el oeste de la ciudad. Todavía me parece oír la voz del guarda: "un paso adelante, jóvenes». Y en verdad éramos jóvenes.

¿Cines y teatros del decenio del '40? De los teatros de mayor prestancia eran el "Independencia" y el "Avenida». Entre los cines, además del "Avenida", estaba el "Alambra", el "Palace" y algún otro. Había uno pintoresco dentro de su modestia. Le llamaban "La Bolsa» y ofrecía sus

trazas en la primera cuadra de la calle Necochea. Era, al mismo tiempo, cine y bar. Mientras los parroquianos, vendedores de diarios y revistas, miraban la película, consumían bebidas, aplaudían atronadoramente las escenas resultantes y con no menos fragor se protestaba durante las interrupciones de la proyección o los cortos de las cintas no siempre nuevas.

A la Mendoza entonces, le daban tono social algunas tiendas de mucho renombre: «Gath y Chaves», «El Guipur», «A la Ciudad de Buenos Aires» y algunos lugares de vestir de la clase alta.

¿Hombres especiales? En la Universidad y en el «Mendocinas Palace», donde nos alojábamos, traté largamente a Enrique Anderson Imbert, el Dr. Juan Carlos Silva y Mario Binetti. Anderson Imbert dirigía el teatro de la Universidad y enseñaba en la cátedra de Introducción a la Literatura. Puso en escena «El sí de las niñas» de Leandro Fernández de Moratin en las tres ciudades capitales de la región de Cuyo. Hombre de sutiles registros en las letras, se había formado al lado de Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Ángel J. Battistessa. Con el cambio de los años llegó a ser profesor de literatura en la Universidad de Harvard. Sus clases, de frase o corto en su habla individual, eran ricas en observaciones y matices. Su lengua como su prosa, que yo conocía a través de sus colaboraciones en la revista *Sur* y algunos periódicos de Buenos Aires y de su novela *Vigilia* (1934), era de períodos concisos, bien entramada e iluminada por dentro.

Estuvo vinculado Anderson Imbert a un director de programas culturales de una de las estaciones de radio de la ciudad. Me invitó a hablar sobre las vías de la cultura americana una noche. El resumen de esa conversación radial se publicó años más tarde en la revista *Egloga* (n° 1, de noviembre de 1944), que dirigía Américo Calí.

En la vecindad de nuestras bibliotecas, en «Mendocinas Palace», encontré entusiasmado, mi ejemplar francés de *Les Fleurs du Mal* de Baudelaire. Le obsequié el ejemplar. A los pocos días apareció en mi cuarto de estudio con *Orlando*, la biografía de Virginia Wolf, edición *Sur*, que dejó en mis manos.

Al Dr. Juan Carlos Silva me vinculé amistosamente desde aquellos años del '40. Hombre de valor intrínseco, frecuentaba las clases de la

Facultad de Filosofía y Letras y seguía regularmente los cursos de alemán del Dr. Alfredo Dornheim. Tenía su estudio jurídico en la proximidad de la Facultad, en Av. España y Rivadavia. Y ágil Y dinámico, aparecía en los patios de la vieja casona como saliendo de una ráfaga. Veía con simpatía al grupo de profesores jóvenes y siempre tenía para ellos una palabra de aliento, efusiva y tónica. Hijo enamorado de Mendoza, había residido varios años en Europa, conocido los países más importantes y adquirido una cultura viva que ahondaba constantemente. Convencido de la belleza de su tierra natal, quería hacerla amar y arraigar en el alma de los universitarios recién llegados. Servicial, todo desinterés, en verdad un alma dentro de una sociedad que no siempre repara en sus mejores hombres.

A Mario Binetti lo conocí en Mendoza en 1941. Su formación literaria y poética la había realizado en el Colegio Bartolomé Mitre y en el Instituto del Profesorado, ambos de Capital Federal. Allí tuvo como maestros a René Bastianini, Alberto Arrieta, Roberto Giusti, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Guach Leguizamón y Amado Alonso. Había frecuentado el círculo de la revista *Nosotros* y había tratado algunos escritores coetáneos de su misma generación: J. R. Wilcok, León Benarós, César Fernández Moreno, Oscar Bietti.

Roberto Giusti le prologó su libro inicial de poesía, *La sombra buena*. A esa obra siguieron otras, que destacaron la delicada esencia lírica de su poesía. Espíritu sensible, introvertido, de acento elegíaco, era un poeta en la vida y en el verso. Nuestro encuentro tuvo su nota de humor. Un común amigo le había encaminado hacia mí con estas palabras: "Relaciónese con Pró. Es un hombre un tanto cerril, pero bueno y sabe mucho". A vuelta de algunos encuentros, donde él me informaba de sus preferencias literarias y yo le hablaba de filosofía, un día me zampó, con mucha gracia, "¡pero Ud. es un hombre salido de los bañados del Chaco, dispuesto a leer toda filosofía del mundo!". Había algo de verdad en ello. Y compartimos una sólida amistad, en las duras y en las maduras hasta los días extremos de su vida que se apagó un día de octubre de 1980. Estimo que el tiempo ensanchará el buen lugar que tiene en las letras y la docencia argentinas.

Vinculados al recuerdo de aquel tiempo viene a mi memoria en este momento la figura del excelente humanista cristiano Ángel J. Battistessa,

aferrado siempre a las letras y la buena soledad, que hay que merecer como decía él. Qué manera de ir tejiendo ideas entre chapuzones de metáforas, entre palabras joyantes. El conferenciasta vibraba enrojecido, tembloroso, siempre idealista. Aquello era un deslumbrar de poemas: Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Fort y qué sé yo cuántos más, sin olvido de Claudel.

Se volvían a descubrir en sus disertaciones *La hilandera* de Valéry, o *Las dos ventanas* de Mallarmé. o el precioso poema de Samain *La comida preparada*, o Claudel con su *Via Crucis*, su *San Felipe*, su *Santa Cecilia*, *El día de los regalos*, *San Judas Tadeo*, *Se trata de nosotros solamente*, o nos decía de Louis le Cardonnell *El buen umbral*. Y otra vez Valéry, con su *Cementerio Marino*, o la Condesa de Noailles, o Jules Laforgue, o Vielé-Griffin, o Charles Peguy. Tardes que se iniciaban en Mendoza con algún viaje bajo la luz torrencial de la siesta, entre caminos que corrían casi aplastando pámpanos entre otoñales formas coloridas y sombras luminosas que hacían recordar unos versos de Verlaine:

.....*dans un bain*
de lumiere si blanc que les ombres son roses.

Pero pasemos, pasemos en este otro otoño tan otoñal-para mí de 1990.

IV. *¿Dónde reside la originalidad del pensamiento filosófico argentino?*

R.: Pienso que la originalidad de los pensadores y filósofos argentinos consiste en integrar, componer y superar en síntesis nuevas corrientes que en la filosofía europea y americana aparecen separadas y hasta excluyentes entre sí. Este carácter se advierte en los pensadores del siglo XIX y sobre todo a partir de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1895, para fijar algún punto de referencia histórico concreto.

Esos rasgos de integración y meditación integradora se advierten en el pensamiento filosófico de Alejandro Korn, Coriolano Alberini, Alberto Rougés, Francisco Romero, Saúl Taborga, Angel Vasallo, Luis Juan Guerrero, Nimio de Anquín, Carlos Cossio, Ismael Quiles, Eugenio Pucciarelli, Octavio Nicolás Derisi, Leonardo Castellani, Luis Farré y otros.

Y entre los filósofos más recientes, actuales y vivientes se reconocen esos mismos caracteres generales de originalidad en sus ideas filosóficas. Aludimos, sin pretender mencionar a todos, a: Andrés Raggio, Mario Bunge, Alberto Caturelli, Juan R. Sepich, Adolfo Carpio, Rodolfo Agoglia, Rodolfo Kusch, Enrique Dussel, Juan Adolfo Vázquez.

Entre ellos, además de la presencia de la erudicción y el espíritu crítico, se registran aportes originales en sus estudios filosóficos, sea en los de ontología, teoría del conocimiento, epistemología, antropología filosófica, sea en los de axiología, ética, filosofía del arte, filosofía del derecho y metalógica.

No sólo el sesgo de la originalidad discurre, bien se ve, en las disciplinas centrales o, por decirlo así, troncales de la filosofía, sino que discurre en las disciplinas con que la filosofía pone las manos en la realidad social, tales como la filosofía del derecho, de la educación o la filosofía de la historia del arte.

En los estudios de la filosofía del derecho figuran las notables contribuciones de Carlos Cossio y su filosofía egológica, la de Werner Goldschmidt con su tridimensionalismo jurídico, la de Olsen Ghirardi con su filosofía realista del derecho y la concepción interdisciplinaria de Miguel Herrera Figueroa. En el campo de la filosofía del arte cuenta como muy importante la contribución de Luis Juan Guerrero con su estética operatoria.

Por otra parte, los pueblos de vocación civil, cuentan siempre con un trasfondo axiológico elaborado y condensado a lo largo de la historia. Ese núcleo valorativo emerge de sus sentimientos colectivos, de su etnos y de su vida histórica, que la filosofía tiene como tarea sacar a la luz de la reflexión crítica y de la autoconciencia filosóficas. Sin que echemos en el olvido las contribuciones de las grandes personalidades del pensamiento.

Si no se ponen en duda la existencia y la universalidad de la filosofía griega, romana, francesa, italiana, alemana, inglesa y norteamericana, pregunto ¿por qué la Argentina o si se prefiere Latinoamérica, habrían de ser estériles y castradas filosóficamente?

V. Si la filosofía aspira a la universalidad, ¿Qué sentido debe

imprimirsele al estudio del pensamiento filosófico argentino?

R: Su pregunta plantea el interrogante acerca de la misma existencia de la filosofía argentina. Como en otros ámbitos de la cultura nacional (las letras, las artes, la música, el teatro, las ciencias y la técnica), en un pasado hubo autores que negaron la existencia de la filosofía argentina. Esa respuesta negativa se presentaba matizada. A veces la negación era total y rotunda. La filosofía es universal y mal se le puede adscribir un calificativo gentilicio. Los argentinos no habrían tenido la ocurrencia de pensar filosóficamente, ni en forma continuada ni en forma intermitentemente histórica. Otras veces la reticencia se fundaba en la oposición contradictoria que habría en la expresión «filosofía argentina». Salvaban la dificultad introduciendo algunas variantes en la dicción, mediante el uso de preposiciones: «filosofía en la Argentina», «filosofar desde la Argentina» y otras semejantes. El único filósofo que hablaba de Filosofía Argentina era Alejandro Korn, quien tiene trabajos y libros con esa denominación.

La cuestión se contesta actualmente en sentido afirmativo, aunque todavía persisten en la matización preposicional. A nuestro criterio, hay varias razones para admitir la existencia de la filosofía argentina. Una es de índole filosófica y parte del conocimiento de que a la existencia humana le es consustancial, al menos como disposición, deseo o afán de hallar sentido a la vida y al mundo, o bien en la búsqueda reflexiva crítica de encontrar respuestas a las cuestiones límites que inevitablemente se plantean los hombres, esto es, «las ultimidades» de que hablaba Carlos Jaspers. No podría ser ajena la preocupación filosófica a los argentinos, si se atiende a esta reflexión.

Naturalmente, tampoco puede ser extraña la filosofía como pueblo con vocación civil, que consciente o inconscientemente establece preferencias frente a los valores, y posee modos y modalidades propias de realizarlos (afirmativa o negativamente) en su ethos nacional y en su conducta individual, así como en el estilo de vida que alienta en sus creaciones culturales.

Independientemente de estas u otras razones filosóficas para sostener la realidad de la filosofía argentina, se alzan también las que se apoyan en documentos y fuentes histórico-filosóficas, que están siendo investigadas cada vez con mayor ahínco e interés. Esos documentos pertenecen

unos al pasado intelectual filosófico de la Argentina y otros a la actualidad de nuestro tiempo finisecular, en los cuales se puede reconocer no sólo erudicción, asimilación, crítica en el pensar filosófico, sino originalidad en el sentido que he aclarado al responderle su pregunta anterior.

Ha ocurrido con la historia de la filosofía argentina un poco lo que aconteció con la historia de la literatura argentina. Se comenzó negando su existencia (Mitre, Lamas, Groussac) hasta que la investigación documentada logró asentarla definitivamente con Ricardo Rojas, Antonio Pagés Larraya, Emilio Carrilla, Federico Pais, Angel J. Battistessa y tantos más. Y en el presente se halla incorporada en todos los niveles de la educación nacional. La historia de la filosofía argentina, puesto que se trata de una historiografía especial, reposa en dos fuentes: los documentos o escritos de filosofía, los métodos de indagación y el pensamiento crítico. Si se ignoran las fuentes documentales, sin haberse hecho el trabajo de investigarlas, no es posible elaborar la historiografía especial de la filosofía argentina.

Las fuentes aludidas existen, y de un modo más extendido de lo que se piensa, pues los documentos y escritos estudiados hasta la actualidad, están muy lejos de abarcarlos totalmente. Por ejemplo, el positivismo médico del siglo XIX está apenas escarbado. Y se puede esperar mucho de las investigaciones regionales, tapadas por el "porteñismo" de la cultura argentina.

Por lo demás, son también índices valederos para la respuesta afirmativa a la cuestión planteada por la pregunta, los autores y obras cada vez más numerosos, frecuentes y de alto nivel filosófico que aparecen en el país. A tales índices se suman los múltiples congresos filosóficos realizados, nacionales, interamericanos y mundiales, las sociedades de filosofía que existen en el país, las Facultades, Institutos y centros de estudios consagrados a la investigación y la docencia filosóficas, y que mantienen sus revistas especializadas.

VI. *¿De qué modo juega lo ideológico en la elaboración del pensamiento filosófico?*

R.: La filosofía, bien se sabe, es la búsqueda de respuestas o interpretaciones a los problemas últimos que, quiérase o no, se plantea el hombre. Pretende alcanzar respuestas o interpretaciones ciertas. Filó-

sofo es quien da versión del misterio. Y en ese sentido la filosofía es la forma del conocimiento más remontado, esto es, la sabiduría.

En su tarea la filosofía sigue caminos, vías o métodos. Es una sabiduría metódicamente fundada. Esos métodos son preferentemente racionales. Entre ellos figuran el análisis racional, que descompone el problema o dificultad en sus elementos; el sintético racional, que recompone el todo de la cuestión a partir de sus elementos. Y la intuición intelectual, desde la ideación platónica y el *nous* aristotélico entre los griegos, hasta la apercepción de la unidad trascendental de la conciencia en Kant, la intuición bergsoniana del fondo último de las cosas, la eidética de Husserl o la ontológica de Heidegger.

El filósofo tiene delante de sí el problema o los problemas y dispone de su método de indagación. Las interpretaciones o resultados que consigue se apoyan en los métodos que emplea. No tiene partido de ante mano ni es dogmático.

En la significación que aquí importa, el ideólogo no tiene una visión desinteresada. Por el contrario, adelanta a su reflexión convicciones, creencias, intereses, sentimientos, inclinaciones, deseos, ingredientes ajenos a la indagación filosófica, que siempre es saber crítico. El ideólogo trabaja con antiparras. El filósofo no.

En nuestro tiempo ha cundido tanto el irracionalismo en el quehacer de los hombres que todas las filosofías se les vuelven ideológicas al ideólogo o al pensador de mala conciencia. Todo es ideología según ellos, como todo es historia como dicen otros, también ideólogos a su modo.

Ciertamente no hay que confundir al filósofo investigador y meditador con el expositor o glosador de textos filosóficos de este o aquel filósofo. Aquél aporta a la medida de su talento y esfuerzo resultados nuevos a los aportados por otros filósofos, es descubridor o develador de verdades. Los otros son escritores de filosofía o expositores.

Los ideólogos utilizan (usan) en provecho de sus intereses personales, sectoriales, de partidos o de iglesias, todo lo que les viene bien, desde la ciencia y la técnica hasta las artes, la religión, las instituciones y sus medios. Los hay microcéfalos fácilmente identificables porque son toscos y palurdos. Pero los hay también refinados, de "amabilidad sonrída»,

habilísimos en su juego de aparentar ser de verdad hombres de ciencia, sociólogos, jurisconsultos, filósofos o teólogos. En última la filosofía es, como el filósofo, servidor de la verdad, el bien, la unidad y la belleza. Son libres e independientes, nunca sirvientes de las ideologías.

VII. ¿Qué significa para usted ser un humanista?

R.: Mucho tema para tan poco tiempo. Humanista, humanismo, dos vocablos y dos perspectivas o posibilidad de enfoques. Y cuánto se ha escrito en las dos laderas. Pero hablemos de lo esencial en cada una de ellas.

Una, la del hombre concreto que se siente inclinado a mejorarse y a perfeccionarse sin pausa y sin apuro, y a mejorar a los demás buscando el bien de la sociedad. El sofista Antifonte se mostraba perplejo ante la vida de Sócrates, que se desinteresaba de las satisfacciones de la riqueza y de las cosas materiales, de la política y de la fama. Y le preguntaban al filósofo cuál era la fuente de ese gusto. A lo que Sócrates le manifestó que emergía precisamente de su tendencia a mejorarse constantemente y mejorar a los demás, a sus amigos, sus alumnos y conciudadanos. Y que en esa tarea era ayudado por el dios, el *daimon* interior que hablaba a su conciencia. Y como Sócrates se ocupaba sólo de las cosas humanas es un filósofo humanista.

Decía Ortega y Gasset que el hombre, de por sí, no es cosa alguna; es un drama. ¡Gran verdad! Para formar la propia vida personal no hay medida de tiempo. Los variados y diversos elementos que ayudan en la formación humanística dependen de la libertad humana y en parte de las condiciones espontáneas del hombre, del mundo y de su época. Hay que buscar el proceso de unificación de esas experiencias, pero sin apuro, porque a la postre la vida humana no es una obra de arte y sí, como dice ese humanista cristiano que es Ángel J. Battistessa, «una oportunidad *única* de autoformación y servicio».

El humanista se complace en ir viviendo los problemas que le plantean el desarrollo de su vocación y la asimilación de los diferentes materiales de su aprendizaje de hombre espontáneo y culto. Toda su labor resulta así como el florecimiento de su vida, de su personalidad. Lo im-

portante, como asienta aquel maestro, no es salir antes, sino salir a punto.

Las obras de un humanista no nacen nunca de una disciplina exterior o de urgencias editoriales, o de nombradía. Son, por decirlo así, obras de amor y llegan cuando deben llegar. O dicho con palabras de Rilke: "... un año no cuenta y diez años no son nada. Ser humanista es no calcular y no contar; es crecer como el árbol que no apresura sus sabias y que permanece, confiado, entre las rachas de la primavera, sin temor que no pueda llegar otro verano. Llega, sin embargo, pero sólo llega para los que tienen paciencia y viven despreocupados y con holgura como si toda la eternidad se extendiese ante ellos. Lo aprende todos los días, lo aprendo en medio de dolores que agradezco: *paciencia* es todo". Y que los ansiosos sigan discurriendo...

El humanista tiene una sintaxis anímica propia. Si se olvida el centro de irradiación de su personalidad, los otros aspectos, que pueden seguir siendo valiosos en sí mismos, se fugan y dispersan y pierden su sentido profundo, su inserción humana y humanizante. La moral ínsita de todo humanista, la filosofía, la frecuentación de las artes, las letras, las ciencias, los viajes, la sensibilidad, la inteligencia, las convicciones y la acción, no han de desarrollarse unilateralmente, al margen del hombre o contra el hombre, sumergiéndolo y deshumanizándolo. Son siempre actividades no menos intelectuales que entrañablemente "humanidades", devolviendo a esta palabra su sentido originario. Todas esas preferencias se armonizan y componen y cargan de espiritualidad en el verdadero humanista.

En la segunda ladera, la del humanismo, no ya en lo personal, sino en el sutil cuerpo de las ideas, hay una variedad de interpretaciones. No las vamos a recorrer en sus detalles. Digamos sólo lo fundamental. El humanismo clásico, que ofrece como ideal de hombre el de la antigüedad clásica y la *paideia* greco-romana, resulta demasiado limitado en las presentes circunstancias del mundo. Aquel ideal y esa *paideia* continúan siendo raíces históricas fecundas del humanismo europeo y atlántico, pero hay que ensancharlas con otros contenidos más actuales.

El humanismo del Renacimiento, por su parte, empezando por los humanistas de Italia, tan admirables en otros aspectos, es demasiado parcializado, desconoce el Oriente y desdeña la Edad Media. El llamado

humanismo moderno, que se nutre con las letras y la cultura de las naciones modernas, se torna unilateral y limitado cuando se contraponen a las viejas raíces, griegas, romanas y cristianas. Otro tanto le ocurre a los llamados humanistas existencialistas y marxistas. Estos, a la postre, ponen un límite o tope a los aspectos más altos de la vida humana, desgarran la conciencia en cuanto vedan el horizonte de la trascendencia y dejan únicamente las metas personales, sociales e históricas. Son humanismos agnósticos.

Cuenta también el humanismo cristiano universal. Católico significa universal. Este humanismo involucra virtualmente todo lo humano, no se limita ni se parcializa, no desconoce los pueblos que actualmente nos quedan próximos geográficamente e históricamente, aunque en centurias pasadas se sintieron recíprocamente remotos. Este humanismo integral atiende al hombre de ayer, de hoy, y de siempre. El hombre es criatura viajera, pero su rumbo lo encamina hacia lo eterno. El único mandato de Cristo, que es el del humanismo cristiano, comienza diciendo: "Padre nuestro" y no "Padre mío". Todos los hombres son sus hijos, el europeo y el americano, el asiático y el africano, el de Oceanía y el del Ártico, el obrero y el industrial, el artista y el religioso, el técnico y el científico, el político y el filósofo.

VIII. Ante la complejidad de la situación argentina y los cambios de un mundo en vías de transformación, ¿existe una alternativa latinoamericana?

R.: Pienso, lo primero, que para responder de un modo adecuado su pregunta, hay que ponerse de acuerdo con la significación de la frase: "un mundo en vías de transnacionalización". Si transnacionalización es trascender o ir más allá de los límites geográficos, históricos y culturales de las nacionalidades esa energía y poder de trascendencia puede terminar en algunos de los siguientes resultados:

1) El de nuevos imperialismos, a semejanza de los que protagonizaron en el siglo XIX algunas potencias europeas, que llegaron a cubrir toda la tierra. Había en el continente europeo varios centros imperiales. Después de 1870, con el triunfo de Alemania sobre Francia, aquella se convierte en la más importante potencia militar del Continente, y bajo la

guía de Bismarck quedó garantizada la paz durante varios decenios, hasta 1914, en que ya no estaba Bismarck, y sí el emperador Guillermo II. El centro imperial Austria-Hungría había sido el resultado de la política de los Habsburgos, quienes a través del casamiento de sus príncipes, pudieron conquistar varias provincias del Imperio Otomano. Este extendía su imperio hasta los Balcanes, Anatolia, Siria, Arabia, Egipto, Libia hasta Túnez. Otro centro imperial era el de los rusos, que querían llegar al Mediterráneo y tener Constantinopla. Los ingleses, por su parte, dominaban los mares y se hicieron imperiales. Navegaban por el Mediterráneo y con el Canal de Suez y la genialidad de Disraeli había conseguido el Imperio de las Indias, y se habían extendido hasta la China, asentándose en Hong Kong. Inglaterra y Francia se disputaban, como imperios coloniales, el control colonialista de África y América. Las disputas colonialistas obedecían a la explotación del algodón, el caucho, el chocolate, la coca. Hasta mediados del siglo XIX, esos grandes imperios coloniales tienen a su base el saqueo, la sangre, la maldad del hombre blanco contra el indígena, especialmente en los siglos XVII y XVIII. Imponían en sus territorios el monocultivo, que ponían a su merced los pueblos que lo tenían pues los precios se establecían en el mercado internacional.

En la segunda mitad del siglo XIX se inició en los países imperiales y coloniales una política más benigna, especialmente en Inglaterra, que se da cuenta que el hombre blanco también tiene responsabilidades y obligaciones. Empiezan a educarse para futuros dirigentes a una capa de la población colonial. Y fundan la *India-house* de Londres, donde preparan miles y miles de hindúes para que estuvieran en condiciones de preparar el *self government* en el siglo XX.

Desde luego que las circunstancias actuales del mundo son diferentes, pero es lo cierto que de aquellos polvos, vienen estos lodos...

2) En nuestro tiempo, las fuerzas históricas, tienden a constituirse en nuevos centros de gravedad histórica (poderes, economía, políticas, derechos humanos, industrias, dominio interespacial, etc.) en la Unión Europea, estados Unidos de Norteamérica, Rusia, China, Japón, y las naciones y etnos que integraron el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Otomano en el siglo XIX y que en la segunda mitad del siglo XX han estado bajo el dominio de Rusia, y que en estos años finiseculares parece que están volviendo por sus fueros nacionales.

Estos nuevos centros de gravedad histórica, ¿podrán subsistir equilibradamente, como en el Imperio Romano con la *Pax Romana* o en la segunda parte del siglo XIX, hasta 1914, con la *Pax Británica*?

No basta con las condiciones de la democracia de los Estados y sus gobiernos. También pueden ser imperiales las democracias. Desde el punto de vista axiológico, el imperialismo o el neoimperialismo se caracterizan porque imponen o pretenden imponer sistemas de valores no sólo en el terreno de la vida política, sino en todos los aspectos de la cultura, la lengua, las artes, las ciencias, la técnica, los usos, y las costumbres, la TV., el cine, el periodismo. En este sentido el término «transnacionalización» a la larga puede resultar o traer aparejado la homogenización de los pueblos y la vida humana. Y en este sentido de transnacionalización imperial, desde luego no habría lugar para Latinoamérica u Sudamérica o Hispanoamérica.

3) Pero el vocablo “transnacionalización” presupone el respeto y los derechos de las naciones y no el avasallamiento imperial de ninguna de ellas. Esta unión coral de pueblos, llámese Sudamérica, Hispanoamérica o Latinoamérica, hay que merecerla y realizar todos los esfuerzos necesarios para conseguirla. Nada se regala a los pueblos históricamente si no se empeñan en alcanzarlo. En ese rumbo parecen ir encaminados los esfuerzos de la vida económica, política, jurídica, de relaciones internacionales de la Magna Patria. Tal vez interfieran y estorben las fuerzas imperiales foráneas y las que las sirven en nuestras naciones, pero ese es el buen rumbo y hay que seguir trabajando para que se acerque esa hora. Y aunque la veamos realizada a medias, que no vieron grandes americanistas como Martí, Hostos, Bello, Bolívar, San Martín, y tantos más, es para nosotros la meta y la estancia histórica de nuestros pueblos.

Hay quienes piensan no ya en el meridiano hispánico de los siglos XVI, XVII Y XVIII, sino en uno para el siglo XXI, hispanoamericano, trazado por el Rey de España y los presidentes de las Repúblicas latinoamericanas. Pero a esta propuesta se le pasa por alto que España ha entrado y forma parte de la Unión Europea, que como todos nos dieron las espaldas en la guerra de las Malvinas, y lo demás queda por decir...

No hay dudas, por la demás, que la cultura de Hispanoamérica existe y que posee caracteres propios, que está en vías de desarrollo como todas las culturas históricamente nuevas. Esta cultura hay que pensarla

no como exclusivamente indigenista o criollista, sino como occidental, europea, americana o americanizada, resultado del mestizaje o mixtura cultural y social y no únicamente como mezcla étnica. Los caminos del indigenismo y del criollismo tienen que incorporarse a la gran corriente universal de la historia.

Hasta se puede hablar, sin temor a error, porque es un dato cierto, de una sensibilidad común de los hispanoamericanos y los latinoamericanos, que con los conflictos o en las acciones interventoras de Inglaterra, Estados Unidos y Rusia, los lleva a ponerse de parte de Panamá, México, Cuba, Nicaragua, Puerto Rico, las Filipinas o la Argentina.

La cultura occidental, europea, americana o, si se prefiere, americanizada existe, pero no como mera posibilidad abstracta, sino como realidad en vías de desenvolvimiento de todas sus potencialidades y virtualidades. No es aún un fruto maduro y enterizo, sino en devenir y en desarrollo.

Está llegando la hora de ser una alternativa en las presentes circunstancias del mundo y si nos estorbasen o no fuéramos lo suficientes merecedores de tal hora, ¿qué importa? Hay que seguir trabajando en todos los terrenos, desde la economía y la política, desde el derecho y la sociabilidad fraterna, hasta la cultura y la religión, para que Sudamérica y Latinoamérica, sean libres, dueñas de sí mismas y de su propio destino. Seremos lo que debemos ser desde nuestras raíces o no seremos nada en la historia universal.

IX. Próximo a cumplirse el quinto centenario de la acción de España en América, ¿qué valoración le merecen a Ud. esos hechos?

R: El descubrimiento, la conquista y la colonización de América constituyen, a mi juicio, la gesta máxima del genio hispánico. Para comprender esos acontecimientos hay que situarse en el Renacimiento español y en la mentalidad de los hombres que fueron protagonistas -los de alcurnia y los modestos del pueblo español- de aquella gesta histórica. El Nuevo Mundo fue para los occidentales europeos el lugar y el tiempo, la posibilidad, el sueño y la ilusión de una nueva edad regida por el espíritu. Las utopías del Renacimiento influyeron ampliamente en la mentalidad

de la época. Traían aquéllas la esperanza de realizar en América lo que no se podía alcanzar en el viejo mundo: el mejoramiento de la vida de los hombres en los aspectos de la convivencia: políticos, sociales, materiales, culturales, científicos y religiosos. Este espíritu renaciente, de nuevos comienzos, lo hallamos en los documentos históricos de los cronistas, los diarios de los navegantes y exploradores, en la correspondencia con los monarcas y hombres de gobierno de España, desde Fernando a Isabel la Católica, Carlos I (de Austria), Felipe II, y los documentos de las relaciones dinásticas de los siglos XVI, XVII Y XVIII entre España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda.

El brioso impulso de aventuras, la exaltación de la imaginación y la transformación fantástica de las inseguras e inciertas noticias de la geografía, fluyen de la documentación histórica, particularmente en los siglos XVI y XVII y de las obras literarias de los escritores españoles de aquellos siglos de oro, así como de los libros de otras literaturas, como *La tempestad* de Shakespeare y *El elogio de la locura* de Erasmo. Aquel espíritu renacentista, mixturado con los elementos medievales igualmente fantásticos a nivel de la gente modesta, no excluía la ambición económica y de mejoras materiales, que impulsaron la acción de los españoles en América.

La forma mental aludida del español, hecha de coraje, capacidad de sacrificio hasta la hambruna y la hostilidad multiforme de los elementos de la naturaleza, la fe en sí mismo de sus hombres y mujeres, el valor de esperar muchas veces contra toda esperanza, confiados en sus creencias religiosas cristianas, la capacidad de imaginación y fantasía, el «ingenio» poderoso y las creaciones de medios y útiles, y la actitud de aventura personal son rasgos de aquella forma mental del Renacimiento español en América.

Tal *ethos* complejo, permitieron a España, como dijera Juan Luis Vives, «abrir al género humano su orbe», un Nuevo Mundo, donde no se iba a perder el alma, sino que era el lugar para el sueño, la ilusión de un mundo mejor que el sofocante mundo europeo de Occidente.

La realidad histórica ha sido siempre sucesión compleja de acontecimientos que se suceden entramados en la urdimbre de la historia. Del tema del descubrimiento, conquista y colonización se han elaborado en

el pasado interpretaciones historiográficas abstractas, simplistas y parciales, que condujeron a tres tipos de leyendas: la *blanca*, la *negra* y la *parda*. Ni tanta pureza ni tantos tintes oscuros diremos a propósito de ellas. La vida histórica es constantemente mezcla de distintos elementos étnicos, económicos, políticos, sociales, dinásticos en muchos casos o de clases sociales y de aspectos religiosos, que se presentan entrelazados y formando, por así decirlo, en su movimiento, una madeja con hilos de distintos colores. Hay que ver las cosas por sus muchos lados para alejar la incomprensión y la injusticia de las leyendas simples y parciales.

Los «blancos» rescatan el sentido sacral cristiano, que a su vez refluya en las facetas jurídicas, políticas, sociales, económicas, y culturales que el imperio español impuso a Hispanoamérica. Se trataba de asimilar las tierras descubiertas y sus naturales a la Europa occidental cristiana. Había una justificación teológica en tal asimilación de las poblaciones infieles, como se los llamaba, y sus culturas que, a veces, eran valiosas en sí mismas.

Los "negros" y los "pardos" recogen y destacan los lados del «rescate» de que hablaban las Capitulaciones de los reyes con los conquistadores y aventureros, en cuyos documentos aparece vivamente la codicia de las ingentes riquezas en metales preciosos, especias, sedas, brocados u otras cosas de valor. Aspectos que ponían de manifiesto la expoliación de los bienes y la explotación inicua de los naturales, que llega hasta nuestros días, sólo parangonable a la de los negros y los pobres.

Los "pardos" ponen algo de blanco, de cal diríamos, en su construcción interpretativa, y marrón oscuro, configurando otra leyenda simplista y parcial, como las otras antedichas.

En la acción de España en América, intervienen las fuerzas históricas que operaban en sus gentes y configuraban la peculiar manera de entender la vida y el mundo de sus siglos de oro, durante los cuales ensancharon sus hombres el orbe cristiano de Occidente y fundieron la cultura europea y las de América, algunas valiosas en sí mismas, así como no temieron la unión étnica y de sangre con los nativos del suelo americano. De tal fusión y síntesis surgió la realidad de Hispanoamérica. Tomada en conjunto dicha acción, en su desarrollo histórico de tres siglos, deja una estela magnífica de realizaciones positivas, a pesar de la

destrucción de pueblos y culturas, algunos de los cuales lograron sobrevivir, oprimidos hasta nuestro tiempo.

Si se miran todas las caras de la compleja realidad histórica del descubrimiento, conquista y colonización, se advierten los contrastes y las oposiciones de las fuerzas en juego. Junto a las medidas para asimilar las poblaciones vernáculas, como se había hecho en el mundo romano, pujaban los que querían exterminarlas, en la medida de lo posible dada la extensión del Continente. Las expediciones militares, las encomiendas y la mita con sus explotaciones de los nativos, a tal punto que hubo que reemplazarlos por "el ébano negro". Indios y negros y pobres quedaron sumergidos histórica y socialmente. ¿Era esto inevitable en el choque entre la cultura de España y Europa con las culturas de los mayas, aztecas y quechuas? Entre los costados positivos nadie desconoce la herencia de la lengua de Castilla, el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la minería, el sistema de alimentación, usos y costumbres, la siembra de escuelas, colegios y universidades, la asimilación de la medicina endógena y el mestizaje no sólo étnico, sino costumbres y vocabularios nativos. Todo ello, y mucho más, que reflejan la documentación histórica y cultural, nos hace pensar que la acción de España en América durante los tres siglos de su dominio es la gesta más importante de la historia del Occidente cristiano.

Esta valoración final se apoya en la obra documental de historiadores sumamente importantes como son o fueron José Luis Busaniche, Enrique de Gandía, Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Ricardo Levene, José Torre Revello, Diego Luis Molinari, J. Pérez Amuchástegui y otros. De no menos significación para situar en su justa medida y proporción la valoración de la acción de España son las obras de historiadores de la cultura de Hispanoamérica como Don Pedro Henríquez Ureña y de filólogos e historiadores de la lengua como Amado Alonso, Ángel J. Battistessa, Raimundo y Rosa Lida, Ángel Rosenblat y no son todos.

X. *Aún a riesgo de mayor explicación, ¿cómo considera usted la cultura hispanoamericana o, si prefiere, latinoamericana?*

R.: Es decisiva su pregunta. Los griegos antesocráticos, los pitagóricos en particular, cultivaban la mística de los números. El número o la cifra

10 representaba la perfección, porque se formaba con el 1 (eis), el 2 (dúo), el 3 (treis) y el 4 (téttapes). Con su pregunta 10, parece que Ud. desea la perfección.

Bromas aparte, es indudable primeramente que la cultura hispanoamericana existe. Don Pedro Henríquez Ureña lo ha mostrado fehacientemente en sus libros *Historia de la cultura en la América hispánica*, en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, en las *Corrientes literarias en la América hispánica*, etc. Y con él muchos otros cuyos nombres hemos recordado en la respuesta a la pregunta anterior. Nosotros mismos pensamos haber probado esa existencia en varios trabajos publicados a contar de 1935, el último de los cuales fue una comunicación presentada al Congreso Interamericano de Filosofía realizado en Buenos Aires en 1989.

Hablamos de la existencia de cultura original y con rasgos propios. La entendemos como cultura occidental europea americanizada, o si se prefiere como fusión, síntesis o mestizaje histórico-cultural y no sólo étnico. Hasta se puede hablar de una sensibilidad común que espontáneamente pone a los hispanoamericanos y latinoamericanos de parte de Nicaragua, México, Cuba, Puerto Rico, la Argentina, Panamá o las Filipinas contra la presión ya veces la guerra de Inglaterra o de los Estados Unidos de Norteamérica. Hay muy mal recuerdo en ese sentido desde el pasado hasta el presente. En el pasado la guerra de Inglaterra contra Nicaragua, y en 1982 contra la Argentina durante el conflicto de las Malvinas. Sobre Estados Unidos recuerda Henríquez Ureña:

“México sufrió, en 1836, la separación de Texas, que se constituye en república aparte; al anexársela los Estados Unidos en 1845, sobrevino la guerra (1846-1948), y en ella el antiguo Virreinato perdió la mitad de su territorio; la *Gran Colombia*, organizada bajo la influencia de Bolívar, se dividió en tres países: Colombia, llamada antes Nueva Granada, Venezuela y Ecuador”, “Así, América Central, que al descifrarse independiente en 1821 se unió a México, se deshizo la unión en 1823, y luego, en 1838-1839, se divide en cinco pequeñas repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica (uno de los estorbos para que la unión se reconstruyera fue la oposición del Gobierno de los Estados Unidos en 1882 y 1885)” (*Historia de la Cultura en la América hispánica*. México, FCE, 1986, p. 67).

Aquella sensibilidad ya aludida se va haciendo cada vez más inteligencia y voluntad, y hace que los hombres de Latinoamérica comprendan a los hombres guías, a los que tiene capacidad de consentir con los pueblos, de avizorar el buen rumbo y las asechanzas de todas clases. En suma: los que fomentan la unidad y la concordancia de los pueblos de América.

La cultura occidental europea americana, o si se prefiere americanizada existe, pero no como pura posibilidad o realidad potencial lógica, ni tampoco como fruto maduro enterizo. Existe como realidad en devenir y desarrollo, que marcha hacia la actualización plena de sus posibilidades vacantes. Naturalmente, que tal movimiento será siempre histórico.

Esta conclusión es intermedia entre la simple respuesta negativa de muchos que han estudiado el ser de lo americano y la solución no menos simple que da el optimismo fácil e ingenuo. Vivir, pensar, sentir en americano es la solución del problema. Esta cuestión no está perfectamente resuelta. América está haciéndose y si se tiende la mirada a América cultural (ya las otras) se advierte que hay todavía muchos que no quieren ser americanos y de sus países, sino que piensan, sienten, viven, actúan de acuerdo al meridiano de Londres, París, Madrid, Roma o Moscú.

XI. *¿Cómo aprecia usted la integración y la colaboración latinoamericana?*

R: Puesta en las antedichas palabras la valoración de la presencia y la actividad de España en la América hispánica, desde el Renacimiento hasta el s. XVIII, se alzan nuevos problemas cuando se considera a Latinoamérica con atención prospectiva. En los últimos años adquieren cada vez más importancia los esfuerzos y acciones para la integración y la cooperación de sus veintiuna naciones, ya sea con impulso continental o bien regional. Así la utopía de América de los siglos XV y XVI, Y los altos ideales de los próceres de la independencia de sus pueblos, pasan de su estado germinal a adquirir en nuestro tiempo una estatura de realidad.

Los problemas teóricos y prácticos de la integración y cooperación de los países del subcontinente son múltiples y de variada índole. Comprende desde las cuestiones jurídicas hasta las económicas, sociales, políticas, deportivas, culturales y religiosas. Cada uno de los problemas se plantean en toda la extensión continental y en las regiones del mismo, la del norte y las antillas, las del centro y Sudamérica. A su vez los procesos de integración y cooperación pueden verse según las direcciones de los cuatro puntos cardinales, no solamente las del norte-sur, sino también las del sur-centro y las del oeste-este.

Naturalmente, son cambiantes los procesos de integración y cooperación en el complejo de las relaciones comerciales, cambiarias, aduaneras, tributarias, fronterizas, agropecuarias, industriales y de servicios, etc.

De no menos interés son los aspectos jurídicos de la vida internacional de la veintena de países para la integración de todas las caras del complejo de integración y cooperación, atendiendo siempre a establecer bases democráticas y de justicia entre la convivencia de los pueblos, soslayando las apetencias imperiales.

En las actuales circunstancias del mundo, cuando se han aglutinado en grandes bloques de países, los de Europa, con su mercado común, su parlamento y su moneda, las de Estados Unidos de Norteamérica y el Canadá, Rusia con sus repúblicas socialistas, el Japón y el sudeste asiático, el conglomerado de China, para la América latinoamericana es exigencia del presente y el futuro histórico la pronta integración y cooperación de sus naciones. El aislamiento sólo conduciría a una mayor dependencia de los grandes grupos de poder históricos ya constituidos o lo que es peor a la fagocitación de sus países y regiones por parte de los grupos de poder ya constituidos. Este riesgo no es imaginario, pues como hemos dicho anteriormente en el pasado grandes extensiones de su territorio pasaron a dominio de potencias extranjeras. Algo se tiene que aprender de la historia.

Con este rumbo de fortalecimiento de la unidad de la América hispánica y en Latinoamérica se va marchando tesoneramente, aunque la velocidad no sea aún la deseable.

En las naciones del pacífico, Perú, Venezuela y Colombia han establecido vínculos y pactos de integración en los aspectos mencionados

ya. Lo propio se puede decir de los países del Plata, donde las interrelaciones entre la Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Bolivia son cada vez más estrechas, concretas y recíprocas.

Hay que destacar, por otro lado, como rasgo que confirma los esfuerzos de unidad, para los cuales es un gran bien la comunidad de lenguas (el español y el portugués), la existencia incipiente de un parlamento, que está dando sus primeros pasos de composición y actividad.

Son numerosos los puentes tendidos sobre los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, y sus afluentes, para servir a los procesos de cooperación entre los pueblos de Argentina, Paraguay, Brasil y Uruguay. Igualmente, entre los esfuerzos de la técnica, hay que señalar en vías de serlo en las márgenes de los ríos.

No hay que olvidar, por cierto, en esta tendencia a realizar los antiguos ideales y sueños de nuestros próceres, la labor adelantada que realizaron y realizan nuestras universidades de esta parte del mundo, particularmente desde las Facultades científicas y técnicas, y de las humanísticas, con sus numerosos institutos de investigación americana. En cada uno de ellos, en todos los países latinoamericanos hay grandes figuras que han contribuido al esclarecimiento de las relaciones interamericanas.

Puesto que hablamos en esta entrevista desde la Argentina, que nos es más conocida, recordamos algunos de aquellos hombres. Sin ánimo de escriturarlos y sin esquivar la enumeración escueta, indicamos los nombres vivificadores de Luís María Drago, Carlos Calvo, Carlos Saavedra Lamas, Joaquín V. González, José León Pagano, Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Ricardo Caillet-Bois, Mariano de Vedia y Mitre, Juan Canter, José Torre Revello, Felix Dutes, José Imbelloni, Ricardo Rojas, Juan Probst, Arturo Giménez Pastor, Ricardo Levene, Carlos Heras, Romualdo Ardissonne, Augusto Tapia, Fernando Márquez Miranda, Arturo Capdevilla, Carlos Ibarguren, Jorge Max Rodhe, Federico A. Daus, Francisco de Aparicio, Angel Guido, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Serrano Redonet, José Luís Busaniche, Eduardo Casanova, Juan Mantovani, Homero Guglielmini, Juan E. Cassani, Juan Carlos Zuretti.

La filosofía no ha sido ajena a las tareas cumplidas en otras áreas de la cultura y los conocimientos. Pensadores de la generación del pri-

mer Centenario han elaborado interpretaciones filosóficas originales y profundas sobre la realidad y el ser latinoamericano. Ricardo Rojas ha examinado con hondura, en su libro *Eurindia*, la complejidad de aspectos de nuestra realidad de la América hispánica y la Argentina, presentándola como un templo donde se unen y fusionan elementos indios y europeos. Dicha síntesis cultural y étnica da el nombre a su obra. Lo mismo se podría decir de Carlos Octavio Bunge y su libro *Nuestra América*.

En el Uruguay, José Enrique Rodó ofrece una interpretación idealista, renovadora como espiritualismo del deber y su ética del devenir, en sus libros *Ariel*, *Motivos de Proteo*, y *El mirador de Próspero*. En la generación siguiente, Carlos Vaz Ferreira, el fecundo filósofo de Montevideo, con su lógica y filosofía vivas de aportes decisivos al pensamiento americano.

México cuenta con tres figuras importantes americanistas: José Vasconcelos con su visión de la «raza cósmica»; Alfonso Reyes con *Ultima Thule* y Leopoldo Zea con sus vastos ensayos sobre la filosofía latinoamericana.

En la generación siguiente a la del Centenario, hay que mencionar entre los americanistas argentinos a Francisco Romero con su libro *Figuras e ideas americanas. Sobre la filosofía en América*, José Luis Busaniche y sus *Estampas del pasado*; Juan B. Terán y las *Nuevas generaciones argentinas*; Eduardo Mallea y *La Argentina invisible*, Ezequiel Martínez Estrada y su *Radiografía de la pampa*.

Otros pueblos de América cuentan con importantes americanistas. Recordamos -sólo recordamos- a José Martí, Baldomero Sanín Cano, Alejandro Deústua, Rufino Blanco Fombona, José Santos Chocoma. Todos ellos han mantenido en el pasado encendida la antorcha de la americanidad y la han transmitido a las generaciones actuales.

En las promociones jóvenes se cuentan muchos que trabajan con ahínco y fecundidad en la compleja problemática de la unidad de la cultura latinoamericana. Entre los que vienen de la lingüística y la filología, son muy valiosos los trabajos que han dedicado a los problemas de la lengua Ángel Rosemblat, Raimundo Lida, Ángel Battistessa y algunos españoles como Américo Castro y Amado Alonso.

Entre las promociones más recientes poseen obra de importancia en la búsqueda de la naturaleza de la americanidad, R. G. Kusch, Juan Carlos Scannone, Enrique Dussel, Carlos Cullen, Horacio Cerutti y otros.

En cuanto al ángulo o perspectiva con que se buscan las raíces vernáculas, hay diversidad de enfoques. Algunos antropólogos han aplicado en sus investigaciones de las poblaciones precolombinas que todavía existen en América, las ideas psicoanalíticas de Freud, Adler y Jung. Otros se han acercado desde el horizonte de la filosofía heideggeriana o desde los criterios de la nueva teología. Y algunos han realizado, con visión personal, su tarea de interpretar filosóficamente los pueblos y la cultura indígena.

Sin ánimo de un repaso abarcador de tales interpretaciones merecen destacarse las de Rodolfo G. Kusch y la de Juan Carlos Scannone. Kusch básicamente presenta su filosofía indiana en los libros: *América Profunda* y *Geocultura del Hombre Americano*. En la primera distingue la cultura occidental como cultura del «ser» y sitúa la cultura indiana como cultura del «estar». Esta última categoría tiene prioridad sobre la del «ser». No se expresa por conceptos sino por símbolos y es de índole numinosa, mágica, religiosa y conjurante. Ello produce cierto estatismo, pasividad y carácter femenino de la cultura de los pueblos quichuas y aymaraes, que son los que ha investigado el autor en la Quebrada de Humahuaca y Bolivia y que él extrapola a toda la población indígena del Continente americano. Considera al logos occidental como un mínimo elemento del mito y a la categoría del «estar» como óptica con respecto al «ser», la destinación final de la cultura americana sería fagocitar a la cultura occidental.

Por su lado Scannone coincide con Kusch en el carácter fundante de la categoría de «estar» con respecto a la de «ser». El símbolo es un lenguaje plurivalente y expresa lo pre-ontológico, lo numinoso y religioso de los pueblos de América. Y la categoría del «estar» tiene prioridad sobre la del «ser», con todas sus consecuencias en el *ethos* de la vida de los hombres naturales. Esta atrayente filosofía la desarrolla su autor en su libro *Sabiduría popular, símbolo y filosofía*.

Estas seductoras filosofías indianistas nacen en el pensar y en manos de pensadores de formación europea, no modernistas, pero a la

postre de raíces y metodologías occidentales, hispánicas, italianas, germánicas, etc. No hablan en ellas directamente los aborígenes, sino que hablan por intermedio de aquéllos y con lenguaje ajeno. Los indígenas, que no se han fundido al torrente de la sangre española o de las sucesivas corrientes inmigratorias, continúan permaneciendo como pueblos en la prehistoria, sin voz propia, silenciosa y sumergidos desde hace cinco siglos, sometidos a la alcoholización y el embrutecimiento, cuando no a la explotación y expoliación de la civilización moderna.

La cultura española, traída por los españoles y portugueses del Renacimiento, su religión, organización social, sistema jurídico, artes, ciencias, arquitectura, crianza de animales domésticos, su historia, comercio, vestimenta, diversiones y costumbres en general, fueron modificándose con el transplante a las nuevas tierras, a la naturaleza inmensa e inabarcable, ya pueblos y gentes de los más diversos, como asimismo sus culturas y ethos.

Tras el encuentro y choque violento de estas cultura y sus pueblos, se fue produciendo lentamente la fusión, síntesis o mestizaje de los elementos, dando origen a un «Nuevo Mundo», un nuevo ethos, una nueva manera de ver el mundo y la vida. Ciertamente con predominio en la síntesis de la idiosincrasia española y portuguesa.

La visión europeísta y modernista ha devaluado y despreciado la síntesis originaria y primera del mestizaje hispano-luso-americano y a los posteriores color de ébano, que han sobrevivido victoriosamente a pesar de todas sus penurias. Aquella visión atendió predominantemente a la explotación de la riqueza ya los pueblos que poblaban el Continente acumulando riquezas fabulosas, que invertían en el mejoramiento de las ciudades europeas y sus palacios, iglesias, catedrales, pinturas, imaginería, artes menores, industrias, puertos, calidad de vida de las gentes, en modo particular la de la nobleza, el clero, y la alta burguesía, que continúan ostentando y cubriendo sus orígenes oscuros.

Sólo un pensar postmoderno, que prolongue, mejore, perfeccione y llene a plenitud las varias síntesis que han acontecido en la historia de América, puede terminar con la sofocación de los pueblos americanos actuales, que reclaman voz propia y no ser mero eco en la historia universal. Proseguir en la actitud de lo moderno, significa continuar ocultando las raíces de las sucesivas síntesis, enmudeciendo y silenciando a

sus actores, en beneficio de clases y estamentos sin auténticas raíces en el suelo y el pueblo americano.

El buen rumbo no es el del indianismo, cuyas gentes en buena parte han desaparecido o se han fusionado en las sucesivas síntesis que se han ido produciendo, y las que aún quedan como reservas continúan con las creencias, mitos y leyendas precolombinas. Ni tampoco el europeísmo sofocador y excluyente, que lleva no sólo a la situación de aislamiento (*apartheid*) de los sobrevivientes, pese a todo, de los elementos de las primeras síntesis o mestizajes. El criollo tuvo el mismo destino en manos de la acción «civilizadora» de la modernidad.

En las presentes circunstancias está ocurriendo lo mismo con los hijos y nietos de los inmigrantes de fines del siglo XIX y los comienzos y promedios del XX. Hacia 1915 a las síntesis nuevas que iban produciéndose, se las llamaba los «importados», eran los estudiantes de las universidades y colegios; en nuestro tiempo son los «exportables». Sin lugar social en sus países de origen, se marchan para servir, sobre todo a los países europeos y del Norte altamente industrializados, llevando a ellos la formación técnica, artesanal y científica y humanista que recibieron en los países de origen, así como el trasfondo de desarraigo y resentimiento por no poderse realizar socialmente en éstos.

Estos frutos de la modernidad, suelen verse en Buenos Aires, simbólicamente, en algunos desfiles patrios, con el paso de coches presidenciales y berlines de época, tirados por caballos refinados y lustrosos, con pasos rítmicos y elásticos, con cocheros de galera y levita, que con habilidad y aplomo manejan el látigo como si fuesen serpentinatas, serpenteando en la buena figura de los caballos. *Casi e l'istoria de nuestra modernidad*. He ahí la cuestión fundamental de nuestro tiempo.

Y en el entretanto ¿hacia dónde va el siglo XX? Aparentemente, quizás, está buscando el acercamiento y la concertación de Occidente y Oriente (Europa, América, Asia, África y Oceanía). Los centros del poder político, económico y militar buscan actualmente la concertación y la cooperación a través de sus políticas económicas y mercados comunes, que alcanzan también a las naciones del Cono Sur de América.

La bomba atómica, las armas nucleares y bioquímicas quedarían sujetas a dicha concertación y cooperación. Estas adelantan lenta, ne-

cesaria y forzosamente. Se marcha, quizás, hacia la integración pluralista de los Continentes, las regiones y los pueblos. Subrayamos *quizás*, puesto que no pronunciamos profecías, ni disponemos de ningún futurómetro.

Mendoza, 15 de julio de 1990